

Vieja Europa, nueva Unión

Santos Juliá, El País, 20/02/2005

VIEJA, LA LLAMÓ Rumsfeld no hace todavía un año, y vieja la llama toda la ralea de los neocon: vieja Europa. Y la comparan con Estados Unidos, joven América, máquina de guerra engrasada, lista para intervenir dondequiera. Y los pazguatos lo repiten, y le echan en cara su pesadez, su lentitud para tomar decisiones heroicas, su incapacidad para desarrollar una política de gran potencia. Le echan en cara no ser precisamente aquello que no quiere ser: un Estado dispuesto a cumplir un destino manifiesto en nombre de un pueblo, una raza, una nación. Frente a esa exaltación de Marte, los Estados nacionales de nuestra vieja Venus pierden buena parte de los atributos que los distinguieron hasta mediados del siglo pasado, englobados como se encuentran en una compleja red de relaciones y mercados transnacionales -corrientes migratorias, producciones culturales, transferencias de capital, localización de industrias, delincuencia...- que afectan al diario vivir de sus gentes.

En esas estamos: Europa inventó el Estado nacional y Europa lleva muy avanzado el proceso de sustituir por un inédito sistema político lo que en tiempos muy cercanos fueron las competencias exclusivas de sus Estados: moneda, policía, tribunales, fronteras. Cinco siglos empleó en lo primero hasta dibujar sobre el mapa un sistema de enclaves separados territorialmente por unas fronteras a la vez económicas, políticas, militares, culturales. No lleva más de treinta años en la tarea de "desnacionalizar" esos territorios erosionando las fronteras que los separaban: sólo desde la década de 1970 acometió un puñado de Estados europeos la empresa de construir un nuevo poder político que aspiraba a situarse más allá del Estado nacional. Hasta ese momento, el impulso procedía de la voluntad de cerrar una página de la historia; a partir de entonces, Europa dejó de mirar atrás y se propuso encarar el futuro.

En efecto, la Comunidad Económica Europea no debió sus orígenes a la necesidad de afrontar los retos de la globalización, sino a la voluntad de poner un final definitivo al permanente estado de guerra que asoló al continente durante un milenio. Guerras entre señores feudales, guerras de religión, guerras

dinásticas, guerras imperialistas, guerras entre pueblos y naciones: no hay un siglo libre de guerras en todo el milenio. El propósito de liquidar esa historia ha concluido con éxito. Pero han pasado ya 60 años de la última y más devastadora y no basta con celebrar en paz su aniversario. La Unión no se justifica ni se legitima, como su antecesora, por poner fin a un pasado, sino por abrir un futuro: por ser el primer sistema político transnacional, o también: por ser el primer intento de construir un poder político situado donde ya llevan años instalados los poderes económicos y las jóvenes generaciones de europeos, o sea, fuera o más allá del Estado nacional.

De ahí que el no a esta Europa, la del tratado constitucional, proceda de ideologías que exaltan los límites, la homogeneidad, el destino, la comunidad bien identificada; de ahí que el no sea una opción reaccionaria en el sentido más literal del término: reacción ante la pérdida de las famosas señas de identidad del pueblo de cada cual que tantas energías hemos empleado en inventar, exaltar y venerar; reacción porque Europa designa hoy un continente desconocido, nuevo por completo en la historia: unión de Estados que no es un Estado, unión de naciones que no es una nación. Como no tenemos todavía un léxico adecuado para definir el invento hablamos de un sistema transnacional o supraestatal. En todo caso, un sistema que no puede encontrar en los gastados conceptos de dios, pueblo o nación el sujeto trascendental en el que legitimar su existencia: le basta con asentarse en ciudadanos libres.

Por eso tal vez haya sido en España -que ha sufrido como pocas las derivaciones sangrientas de las cuestiones identitarias- donde la idea de Europa se ha vivido tanto tiempo como una frustración: España era el problema, Europa la solución, decía Ortega, pronto hará 100 años. Tiempo suficiente para abandonar el lamento quejumbroso y dejar de esperar de Europa la solución de problemas propios e intransferibles para, libres del pesado fardo de la historia, participar en la construcción de este nuevo artefacto, todavía en su infancia. Porque una cosa es clara: Europa será todo lo vieja que quieran los neoconservadores, pero la Unión Europea de Estados "desnacionalizados" es un experimento sin precedente en su milenaria historia: está en la cuna. Y si las cosas marchan en la dirección hasta hoy recorrida, las naciones y los Estados que fueron sus truchimanes quedarán, como los castillos señoriales y las catedrales góticas, para adornar el gran museo de su historia.

Rebelión de los ricos

Santos Juliá, El País, 12/06/2005

PUESTO QUE ha descarrilado, ningún mérito tiene decir que el tratado por el que se pretendía establecer una Constitución en Europa no era el mejor tren para recorrer el camino que separa la economía de la política, el papel moneda del texto constitucional. Hasta ahí, la unanimidad brilla como nunca: el tratado está herido de muerte, y en la próxima reunión del Consejo, sin agravios para nadie, habrá que llegar al acuerdo de suspender el proceso de su ratificación. Pero a la hora de discernir las razones del fracaso, las aguas vuelven a dividirse: unos lo han rechazado por razones exactamente contrarias a otros que también han dicho no.

La cosa comenzó a estar clara la misma noche del referéndum francés: escuchar los gritos de alegría con que nacionalistas de ultraderecha celebraron su éxito y, a los pocos minutos, percibir en el rostro del secretario del Foreign Office la contenida pero evidente satisfacción con la que daba cuenta del resultado, era toda una lección que no debe caer en saco rato. En el no han coexistido muchos motivos, pero uno resalta sobre los demás: ha sido una rebelión de naciones ricas ante las incertidumbres generadas por la marcha hacia una Europa política antes de haber culminado con éxito la incorporación económica de naciones pobres.

Contrariamente a la pauta seguida en el proceso de construcción europea, esta vez la política quiso ser antes que la economía. Si bien se mira, y sea cual sea la vacía denuncia contra la Europa de los mercaderes repetida hasta el aburrimiento por la izquierda del no, en Europa los avances hacia alguna forma de unidad política sólo han sido posibles después de consolidar fuertes vínculos económicos. Pasó así con los dos Estados que pusieron los cimientos del edificio, y pasó con los seis y con los doce. Basta recordar el caso de España: cuando se incorporó como miembro de pleno derecho a la Comunidad, llevaba más de quince años vinculada a su mercado por un acuerdo preferencial.

Pero, además, la iniciativa política llegaba en esta ocasión infectada de burocratismo mientras se comenzaban a sentir las tensiones provocadas en la economía y en la sociedad por las avalanchas de emigrantes y las deslocalizaciones de industrias. En estas condiciones, la propuesta de tratado se asentaba sobre tierra movediza: construir la unidad política sobre Estados que han vivido en los

últimos 50 años de espaldas y con economías antagónicas. Hoy es inútil decir que mejor nos habría ido con aprobar algunas concretas correcciones a los tratados anteriores mientras la integración económica progresaba. Pero así es: los avances políticos hay que acometerlos cuando la nueva realidad económica que pretenden reflejar aparezca sólida, libre de tensiones que puedan resultar insostenibles.

Hoy por hoy no es así. Dura de digerir la unificación alemana, la incertidumbre crece respecto a lo que pueda pasar con la incorporación de países como Polonia y, muy pronto, Rumania, por no hablar del gigante que asoma en el horizonte, Turquía, o la no menos enigmática Ucrania. ¿Puede una Europa creada sobre el torso franco-germano, hoy en crisis, y con el Reino Unido en posición de permanente semilealtad, asumir la ampliación en términos estrictamente económicos? Mientras esa duda no se despeje, los ciudadanos seguirán aferrados a su Estado nación como marco en el que negociar sus conflictos y evitar los precedentes del exterior, añorando aquel estúpido y pequeño club de naciones ricas en otro tiempo identificado con Europa.

No estamos aún ante el dilema de desandar lo andado ni hay todavía razones para temer que lo avanzado hasta hoy retroceda a partir de mañana. Pero sí estamos ante la necesidad de clarificar qué Europa queremos, porque de tal clarificación dependerá que el proyecto europeo quede reducido a una amplia zona de libre comercio -con sus Estados nacionales reforzados, como pretenden los laboristas liberales británicos y la derecha antiliberal francesa- o se recomponga la marcha hacia una economía paneuropea integrada y capaz de sostener un sistema político que ya en ningún caso podrá venir dictado desde una convención de notables, sino que habrá de ser fruto de la emergencia de un sujeto hasta hoy ausente: el ciudadano europeo.

Y por lo que respecta a España, el despertar del sueño europeo puede ser doblemente amargo: no tan ricos como para rebelarnos, tampoco somos ya tan pobres como para seguir recibiendo fondos de la Unión. Situados en la zona intermedia, podemos sufrir de golpe la indiferencia y marginación de los grandes y las tensiones de las oleadas de inmigrantes venidas del Este, del Sur y de América. No será el Apocalipsis, pero tampoco bastará con repetir la gastada retórica de España como problema, Europa como solución. Eso se acabó.

Marte con pies de barro

Santos Juliá, El País, 11/09/2005

NO LLEGÓ A ALCANZAR el encono de la "guerra civil de palabras" entre aliadófilos y germanófilos durante los años de la Gran Guerra; ni el grado de virulencia dialéctica que rodeó el debate sobre la permanencia de España en la OTAN a mediados de los ochenta; pero la tercera gran polémica que hemos mantenido en cien años sobre cuestiones relativas a la posición de España en la escena internacional -su papel en la guerra de Irak- a punto estuvo de escindir a la opinión pública en dos frentes de batalla: los que defendían que estábamos ante la gran ocasión de situar a España, sin complejos, en el lugar que le correspondía, y los que combatieron las razones que motivaban un compromiso tan firme en una causa tan oscura.

En medio de ese debate apareció por Europa -también, puntualmente, en España- un panfleto, obra de un publicista más altivo que sabio, Robert Kagan, que era poco más que la ampliación hasta cien folios de una metáfora que podía contarse en cien palabras: que por efecto de una larga siesta mecida por el bienestar y los cantos de sirena, Europa, antes segura de sí, conquistadora, se había convertido en Venus, a la par que Estados Unidos, triunfador primero del nazismo, luego del comunismo, se había transformado en Marte. Si Venus permanecía ensimismada en su belleza, despertaría algún día sumida en una inevitable decadencia como ya anunciaban los signos de vejez mostrados por Francia y Alemania. Marte, sin embargo, consciente de su fuerza y convencido de su razón, se aprestaba a culminar su recorrido triunfal completando la misión que el destino le había encomendado: extender la democracia por toda la faz de la tierra.

Reavivó aquel insignificante pero eficaz panfleto entre nosotros un viejo y muy arraigado complejo francófilo y se aplaudieron cosas como que España, por fin, se había sacudido la losa de dos siglos de proteccionismo francés; se celebró la llamada vocación atlántica de España, algo así como su destino manifiesto, a través de una alianza privilegiada con Estados Unidos, para colocarse a la cabeza del mundo hispano, incluyendo en ese mundo a los hispanos del Norte. El rápido triunfo en la no-guerra de Irak extendió entonces, entre el *think tank* que

arropaba y jaleaba al anterior presidente del Gobierno, la euforia propia de quienes ven cumplidas las profecías que anuncian: habían ganado, Kagan tenía razón, Europa estaba vieja y Estados Unidos, antes infancia del mundo, se convertía ahora en su único futuro: no había más que ponerse a su escuela, aprender la lección y aplicarla.

Todo esto es de ayer mismo: no han pasado ni tres años. Pero, como todas, aquella borrachera ha tenido dos amargos despertares. Uno: Estados Unidos, lejos de crear un nuevo orden en Irak, ha sido causa de su desolación y ruina; dos, Estados Unidos ha sido incapaz de evitar una catástrofe humanitaria en su propio suelo. Caos y muerte en Irak, anomia y muerte en Luisiana: ninguno de estos dos fenómenos es para que nadie se frote las manos; los dos juntos son, por el contrario, causa de preocupación, no sólo por las vidas sacrificadas, sino porque esta doble muestra de debilidad de la gran potencia americana introduce, en un mundo ya complicado, un motivo suplementario de incertidumbre y desorden.

Pero que estas dos catástrofes, Irak y Luisiana, hayan ocurrido no quiere decir que fueran, ninguna de ellas, inevitables. En su dimensión final, ambas son resultado de la arrogancia de un poder tan embriagado de su propio triunfo que ha saltado por encima de las razones que lo hicieron posible. Ésta no es la América de Wilson, menos aún la de Roosevelt; ésta es la América de Bush y de la corte de *neocon* que, pretendiendo inaugurar un "nuevo siglo americano", han reducido el Estado a una potente máquina de guerra, sacudiéndole de encima la carga de todos los programas sociales y despreciando todos los compromisos para la construcción de un orden mundial justo y equilibrado: Marte, dios de la guerra, no puede haber más que uno.

Pero Marte tenía los pies de barro: por debajo de la máquina de guerra no hay más que vacío. Quizá el despertar a esta evidencia ayude -también, aunque por diferentes razones, a nosotros- a pensar de nuevo el Estado, a poner a buen recaudo a los profetas de su adelgazamiento como agente de bienestar social, y a dedicar una segunda mirada a lo que se nos puede venir encima si todo lo que no es maquinaria militar y policial se abandona a la mano ahora tan visible del mercado... o se dispersa y atomiza en fragmentos blindados.